

Diego Agúndez

EL HABITANTE
DEL TIEMPO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n.º 76—

MADRID • MMXVII

De la obra © DIEGO AGÚNDEZ

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Tithi Luadthong

Fotografía del autor en solapa © Alicia Arés

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Noviembre 2017

I.S.B.N: 978-84-947595-4-3

Depósito legal: M-30104-2017

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Sic rerum summa novatur semper, et inter se mortales
mutua vivunt: augescunt aliae gentes, aliae minuuntur,
inque brevi spatio mutantur saecla animantum et quasi
cursores vitae lampada tradunt. (LUCRECIO)*

00. SILENCIO, SOL, PÁJAROS

Silencio, sol, pájaros, que nada os arrebate.
Resbaladizas tierras pisan las palabras:
las redes se dibujan con sonidos
por los geométricos contornos de un labio.
Atrapada, en su velocidad, viaja la luz;
en su redondel va la luna dejando de serlo.
Abrir la boca es levantar muros de aire,
soplos de posesión, herramientas del mundo.
A veces en la más bella forma
las cosas serán, por un momento, mías,
pero las pierdo para siempre como son.
Ardua la grieta en la labor de abrir grietas,
las aristas de sol no son el sol:
por eso, al llamarlo, el silencio se esconde
y, cuando toco la flor, ella se marcha.
No puedo nombrar nada sin cambiarlo
y va mi propia ambición siguiendo rastros,
llenando un espacio de las sombras,
al tiempo anclándose, sílaba a sílaba,
hasta destruir para siempre el poema total.

COMETAS

01. ABADÍA DE VILLERS

Hombres sabios amaron, comieron, durmieron, rezaron
[aquí;
hoy las celdas abandonadas, las plantas silvestres,
los suelos de arena, los techos derrumbados.
Solo el cielo limpio sostienen ya
sus muros, unidos a su claridad.
Por siglos se derritieron, lentamente,
en el rumor de los pájaros o el silbido del tren.

Cargando unas barras metálicas, dos obreros
apuntalarán un rato este momento:
no lejos de mí, entre la maleza, pastan los chivos,
se inclina una mujer sobre las flores,
juegan al escondite unos muchachos.

Pero en la hiedra, sobre ellos, ninguno repara;
ella cubre con tenacidad artesana
los vanos del refectorio, en ruinas
sepultando piedras y ladrillos;
determinada a borrar de aquí
tantas presencias transitorias.

02. EL ACORDEÓN DE PIEDRA

Si todo viviera en un acordeonista de piedra
que guarda todo el universo
en su acordeón petrificado;

si tomara aire el fuelle hasta su potencia máxima
y sonara, ya expulsado, como una larga nota
de millones de años

—la nota cromática de una larga melodía
en la verdadera medida del tiempo
que le escucha;

si abriera su acordeón de piedra
antes de la nueva explosión de la música
y dentro del fuelle flotaran los planetas
y parpadeara un fotón, por un momento,
en la emoción de haber escuchado una señal;

si sonara así la música del acordeón universal,
su gran canción apenas intuida en el aparcamiento
donde lo toca sonriendo el zíngaro, mi amigo,
mientras lo miran los dioses, sin saberlo,
al entrar en el supermercado.

03. A LA CIENCIA

Más allá de los primeros montes
había largos campos en los que refugiarse
al llegar el invierno,
pero los campos terminaban en un mar
y el mar terminaba en otras tierras.

Mientras el orbe fue plano lo rodeó la oscuridad.
Recorrieron los exploradores
las masas continentales, las islas,
y dominasteis las estaciones,
el comercio y la guerra.
Como ningún monstruo devoró vuestras naves
la tierra se volvió esférica
y disteis nombre a todas las islas del mundo
igual que yo a los lunares de tu rostro
antes de echar a volar.

Esta noche todo, amor, lo crees hermoso:
descansan vuestras huellas en la luna
y unas primeras naves traspasan las frondas del sistema
[solar,
sin saber qué monstruos aguardan.
Punteado por lejanas estrellas nuestro cielo duerme
y tu propio cuerpo tendido ilumina
su luz tranquila y ligera
hasta el confín de tu propia mirada,
como si preguntaras, qué somos, no obstante
aguarda todavía.

04. BARRANCOS

Rodeo la roca por un camino frágil
al borde del barranco
rozando el desequilibrio.

Guiado solo por mi instinto, paso a paso,
temblando junto al abismo.

Mis manos tantean el muro de piedra.
Mis pies prueban la solidez del suelo
que hay ante mí.

Llevo los ojos cubiertos por una venda
y un pañuelo tapa mi boca.

Hay un silencio mortal al ponerse el sol,
como si no hubiera nadie
pero sé que por ahí cerca estáis,
con los ojos y boca tapados también
junto al abismo.

Lo sé porque alguna vez,
mientras iba tanteando,
he sentido un calor como de alguien
que tampoco decía nada.

05. EL BÚFALO HELADO

No es más que un amasijo de raíces;
la huella de un árbol arrancado de cuajo
debido a alguna tormenta,
pero con el tiempo y la humedad
su piel se ha llenado de musgo
y hasta algunas ramas del arbusto cercano
se entremezclan con sus propias ramas muertas.

Quizá hasta perdió su memoria de ser árbol.
Hoy su oscura silueta, al borde del atardecer,
sobre el lecho de hojas secas,
se asemeja a la de un búfalo
echado sobre sus patas delanteras
con la boca entreabierta
a la búsqueda de algún aliento o reposo.

Un búfalo reventado de cansancio
huyendo de una vieja glaciación
aquí en el bosque, ya cerca del lago,
que decide conservar su calor menguante
acurrucado
y se apresta a aguardar el fin del mundo
como lo haría yo.

06. CANTO A UN FÓSIL

En el yacimiento arqueológico, la inerte osamenta
apareció al fin:
los huesos
de un dinosaurio niño
yacente y acurrucado entre la arena;
en paz, como aún dormido.

Entre vítores, se acercaron sin cuidado
los muchachos,
consumidos por la eufórica fiebre,
la impaciencia,
pero entonces él pensó
en la catástrofe posible o la estampida
o la sentencia de una simple enfermedad,
natural más trágica.

En un pedazo de ámbar toda la historia cabe.
Pensó en su propio cuerpo deshaciéndose
bajo la hierba húmeda,
las flores brotando.

Se secó el sudor de tu frente:
en grandes museos eran adorados héroes anónimos,
los frisos de mármol te disecaban los ojos;
el resto seguía su curso,
pobres los huesos del dinosaurio feral.
Como una punzada en el corazón
atravesó millones de años
el lamento de la madre ante el pequeño,
aún dormido.

07. COLOR MAR

Visitante que vienes y marchas,
¿has pensado de qué hipotético color
sería más inquietante el mar?

Si rojo, como de atardecer sanguinolento,
o amarillo, transparente, como vacío, sobre la arena,
o de tonos-pastiche, pusilánime, inconcreto.

Querrías un mar arisco en su indiferencia
como un gran resorte natural oprimiendo tu tórax
o un mar pacífico, azabache en plena noche
mientras paseas rogando algún beso.

O un mar después de todo azul,
definitiva e inquietantemente azul,
mar tan azul que solo podría ser real,
de acuerdo a lo esperado,
mar tan azul que romperías en la costa.

08. COORDENADAS

Para aferrar a la felicidad
las pequeñas partículas formándote
basta un breve momento de fuerza:
el brillo de una tarde de verano
o alguien que te lanza un beso
y después se marcha para siempre.

No es cosa tuya solamente.
Así también tuvieron que dejarse ir
otras vidas del pasado,
como partículas alejándose unas de otras,
abriendo abismos invisibles
tras sus encuentros furtivos, momentáneos,
antes de desaparecer.

Por los márgenes del ancho espacio
se destraba el centro del tiempo:
los íntimos átomos tuyos
cayendo en las grietas futuras
volando, incontrolados, hacia qué simas
de amor, ya brisa, ya ceniza.

09. COSMOS

El universo es un gran desierto oscuro.
Su materia, igual que las arenas movedizas
va devorando los astros
y tu nombre en ellos.

Dentro se encienden y apagan las vidas,
pequeños latigazos eléctricos.
Ponen en la luz toda su pequeña armonía,
su esperanza, su asombro,
pero es que la luz pronto se marcha
sin centro ni deseo,
y en su hueco anochece.

Como un monte de ceniza el universo vuela;
los astros lejanos flotan en silencio,
pavesas apenas;
los conatos de piedad, temprano
se deshacen.

Amar, ese milagro.

10. DESEOS A LA NOCHE

Que me halle la muerte cuidando mi jardín
y no pregunte por ti; que me encadene a ella solo.

Que luego la oscuridad traiga un largo día
y los hombres, abajo, bailen felices.

Que algún alma amable quiera a mi perro;
que un alma ilusionada siembre en mi jardín.

Que prendas la lumbre junto a la gente que amas;
y que la apagues luego junto a la gente que amas.

Que nade un gran pez a través de tu memoria
y dejen los signos paso a las cosas.

Que importe de veras lo que importa una patria
y que todo sonara armónicamente aun al cesar el amor.

Que asteroides silenciosos naveguen la noche
y que te haga feliz ver una planta.

Y que te haga feliz cualquier otra cosa
y que no olvides nunca saber sorprenderte.

Y que entre mis manos encuentren un poema sin tiempo
y que un gen sobreviva, aunque no solo.

11. DOS HOJAS VERDES

Dos hojas verdes rozándose
cuando sopla el solano, atardeciendo,
recién brotadas la pasada primavera
con clorofílico amor. Las sostienen
finos tallos como brazos de sus padres
vigorosos y embelesados todavía
y por debajo, las ramas del amor
de los abuelos, la endurecida piel
de encina de los antepasados,
los hombres trabajando los campos.

La savia corre por las venas
de la estirpe, perdiéndose en raíces
cada vez más inciertas, lejanas,
ya cubiertas de oscuridad y tierra.
Como un latido musical retumba
en el suelo, donde aún bailan en corro
los monos, apelmazando el limo,
barro, palabras; nutriendo
esa breve emoción de las dos hojas
que un día servirán, en su caída,
como alimento de sus hijos.